

Jóvenes, violencia y televisión

Begoña Nebreda

Directora de Investigación de
Contenidos de TVE

Alejandro Perales

Subdirector General de Contexto S.A.
Presidente de la Asociación de Usuarios de
Comunicación (AUC)

La influencia de la televisión en los comportamientos y actitudes de los jóvenes se ha convertido en una preocupación creciente entre la opinión pública, así como en un objeto de análisis abordado desde muy diferentes planteamientos teóricos y metodológicos.

En el presente artículo se realiza una panorámica de los principales aspectos analizados en los estudios de la violencia televisiva, reflexionando sobre sus condicionamientos teóricos e ideológicos, así como sobre sus límites a la hora de dar cuenta del problema analizado. Asimismo, los autores anticipan algunos elementos clave del significado de la violencia televisiva desde el punto de vista psicosocial y desde la retórica televisiva.

¿Son los medios de comunicación, y especialmente las películas y series televisivas, un elemento fundamental para comprender la violencia de los jóvenes?. ¿Es la violencia mostrada por la televisión un reflejo necesario e inevitable de la violencia del mundo u ofrece, por el contrario, una visión distorsionada de la realidad que obedece a criterios de atracción de la audiencia? ¿Cumple la violencia televisiva una función valvular, (y por tanto funcional) o, por el contrario, potencia la agresividad tanto en las relaciones interpersonales y sociales como en el propio ámbito psicológico individual?.

Estas podrían ser, *grosso modo*, las principales preocupaciones de la opinión pública en torno al problema de la violencia televisiva, que tienen su correspondencia en la creciente preocupación por la intensificación de la violencia juvenil (1) no sólo en sus aspectos cuantitativos sino también cualitativos: grupalidad y vandalismo indiscriminado; inseguridad y destrozos en los centros educativos; aumento de las lesiones en robos; enfrentamiento con las figuras que representan la "ley y el orden", etc.

No es, por supuesto, nueva ni privativa de este siglo la reflexión sobre la influencia negativa que los relatos de diversa especie pueden tener en las

actitudes, valores y conductas de las personas, individual o socialmente consideradas. De hecho, con un talante amplio y más o menos metafórico, pueden traerse aquí a colación las advertencias de Cervantes en *El Quijote* sobre los libros de caballerías, las acusaciones recibidas por Goethe de propiciar el suicidio de los jóvenes con sus *Aventuras del Joven Werther* o las llamadas de atención, tan comunes en el mundo anglosajón del siglo XIX, sobre la nefasta influencia de la prensa sensacionalista en las clases populares.

Pero, obviamente, el notable salto cualitativo que supone la televisión en términos de influencia psicosocial no ha hecho sino intensificar esta reflexión, a la que intentan responder desde hace varias décadas, con mayor o menor fortuna, un importante volumen de investigaciones sobre los contenidos y los efectos de la violencia televisiva (2). La lectura de esas investigaciones pone de relieve la existencia de un consenso generalizado a la hora de afirmar 1) Que la televisión es demasiado violenta, derivándose de ello consecuencias negativas para la convivencia. 2) Que los aspectos negativos de la influencia de la televisión afectan de modo muy especial a la audiencia infantil y juvenil. En el caso de los jóvenes, su consumo televisivo es más intenso que extenso. Al desarrollar su ocio

(1) Se trata de una percepción social que alcanza magnitudes muy semejantes en la mayoría de los países desarrollados, a pesar de que éstos presentan grados de violencia juvenil muy diferentes.

(2) Una panorámica histórica de las reflexiones sobre la violencia y de los estudios sobre la violencia televisiva puede verse en Frau-Meigs, D. y Jehel, S. *Les Écrans de la Violence*. Économica, Paris, 1997.

preferiblemente fuera de casa, son menos cautivos de la oferta audiovisual doméstica, que por otra parte cuenta con poca programación específicamente dirigida a su segmento de edad. No obstante, desde el punto de vista cuantitativo, ese consumo es cada vez más su actividad prioritaria dentro del hogar (3), y desde el punto de vista cualitativo desarrollan un comportamiento ante la pantalla tan selectivo como fiel, con un gusto muy pronunciado por los programas de ficción (4).

Las claves de la violencia televisiva

Más allá de estas premisas comúnmente aceptadas, los modelos de interpretación y evaluación de la influencia de la televisión en los espectadores se han visto obviamente muy condicionados por las diferentes escuelas teóricas sobre la comunicación en las que dichos modelos se inscriben. Condicionamientos que afectan fundamentalmente al modo, a la función y al sentido de esa influencia:

- Por lo que se refiere al **modo**, el análisis de los efectos ha experimentado una evolución al mismo tiempo relativizadora y reivindicadora de la importancia de los medios: Se ha pasado de una tendencia inicial en la que se sobrevalora la capacidad de la televisión para modificar conductas a una visión en la que la televisión aparece como un factor más de influencia en las actitudes, valores y actuaciones, junto con otros como la organización social, el marco antropológico y psicosocial preexistente en los receptores o la experiencia directa (5).

Paradójicamente, las investigaciones empíricas empeñadas en evidenciar de forma

mecánica la influencia de los contenidos televisivos en la conducta de los espectadores han acabado por situar bajo mínimos las expectativas sobre la influencia de los medios, a causa de sus decepcionantes resultados (6). Sin embargo, las visiones relativizadoras que buscan tener en cuenta, al menos teóricamente, la multitud de elementos que pueden determinar la influencia de los medios y de la violencia mostrada por la televisión han permitido precisamente descubrir relaciones causales subyacentes y a largo plazo que vuelven a convertir en convincente esa influencia. La visión relativizadora (o no determinista) de la influencia de los medios mantiene fundamentalmente que no hay respuestas unívocas a un mismo estímulo, que no todos los espectadores reaccionan igual ante un mensaje violento y que, en todo caso, la violencia televisiva parece influir especialmente en aquellas personalidades que por cuestiones sociales, familiares y personales están más predisuestas al desarrollo de comportamientos violentos.

- Por lo que se refiere a la **función** de esa influencia, las posiciones se sitúan en un continuum que va desde la defensa de un papel catártico de la violencia difundida por la televisión, que permitiría vehicular vicariamente los impulsos violentos y contribuiría así al equilibrio social (7) hasta las visiones más apocalípticas sobre la violencia televisiva como causa del aumento de comportamientos agresivos entre los espectadores y como factor desencadenante de la violencia social

(3) Martín Serrano, M., y Velarde Hermida, O. Informe Juventud en España. Instituto de la Juventud, Madrid 1996.

(4) Bartrina, J. *Niños y jóvenes: marcanos ante el televisor*, en Televisión. Niños y Jóvenes. Ente Público RTVV, Valencia, 1994.

(5) Véase, entre otros: Bryant, J. y Zillmann, D. Los efectos de los medios de comunicación. Paidós. Barcelona, 1996. Kapferer, J.N. Les Chemins de la Persuasion: de l'influence des médias sur le comportement. Dunod. Paris, 1990.

(6) Decepcionantes resultados que, dicho sea de paso, parecen deberse no tanto a la falta de influencia de los medios cuanto a la insuficiencia de las propias técnicas de medición utilizadas, tal y como ponen de relieve los estudios econométricos y morfogenéticos. Véase Bentler, P.M. Multivariate Analysis with latent variables: causal modeling. Annual Review of Psychology, 21, Nueva York, 1980. Saunders, P.T. Una introducción a la teoría de las catástrofes. Siglo XXI. Madrid, 1980.

(7) Feshback, S. The stimulating Cathartic Effects of a Vicarious Aggressive Experience. Journal of Abnormal and Social Psychology. 63, 1961.

(8). Pasando por la afirmación según la cual la sobrerrepresentación de la violencia en televisión constituye un mensaje simbólico reforzador de la confianza en la ley, el orden y el status quo (9). De nuevo, la relativización lleva a pensar que cada espectador percibe el propio concepto de la violencia de forma distinta ¿qué es en sí más violento, un informativo de televisión, un encuentro deportivo, una película de Mad Max o un dibujo animado japonés? ¿Qué tipo de retórica violenta puede influir más negativamente en el espectador, la verosímil (con mostración brutal de sangre y lesiones) o la humorística, paródica y desdramatizada?.

- Finalmente, por lo que se refiere al **sentido** de la influencia, buena parte de la reflexión teórica parece ser todavía cautiva de la circularidad que supone discutir sobre si, por centrarnos en el caso que nos ocupa, los jóvenes son más violentos porque ven violencia en televisión o ven violencia en televisión porque tienen tendencias violentas. Sin entrar en una discusión sobre el carácter innato o aprendido de la violencia (discusión que, planteada en esos términos, carece de sentido), parece evidente que los mensajes difundidos por los medios de comunicación influyen en los conocimientos, valores, sentimientos, actitudes y conductas de sus receptores. Pero esta influencia ni se produce siempre, ni se produce siempre en todos esos planos, ni se produce siempre con la misma intensidad.

Las investigaciones sobre la violencia televisiva

Buena parte de los estudios realizados en los últimos años sobre violencia y televisión siguen la estela de los trabajos de George Gerbner, el cual da una importancia fundamental al análisis de contenido. En estos estudios se identifican, clasifican y computan los actos violentos mostrados

(8) Brandura, A. y Walters, R.H. Aprendizaje social y desarrollo de la personalidad. Alianza. Madrid, 1977.

(9) Gerbner G. et al. The mainstreaming of America: Violence Profile n.º 11. Journal of Communication 30 3).

en la pantalla, atendiendo a variables como las motivaciones, antecedentes y consecuentes de dichos actos; las características sociodemográficas de agresores y agredidos; el tipo de violencia (física, verbal, psicológica); su virtualización individual o grupal, así como la interacción entre los implicados; el tono narrativo (serio, humorístico); el grado de intensidad en la mostración de la violencia y de su ejercicio (sadismo, brutalidad) etc. (10) Los resultados obtenidos permiten extraer conclusiones por franjas horarias, cadenas, géneros, segmentos de audiencia, períodos temporales, etc. Y permite también utilizar indicadores homologados internacionalmente, como ocurre con el índice de Gerbner o el DIG (11), poniendo de relieve elementos recurrentes tanto en la mostración de la violencia como en los estereotipos que afectan o determinan el comportamiento de personajes que recurren a la violencia.

Analizando sus conclusiones, pueden señalarse a grandes rasgos algunas afirmaciones compartidas por estos estudios:

- Omnipresencia de la violencia. Aunque existen resultados contradictorios sobre el signo de la evolución de la violencia televisiva, todos coinciden

(10) "Entre otras muchas investigaciones", pueden citarse la norteamericana Mediascope National Television Violence Study, que viene realizándose desde 1995; el informe del Conseil Supérieur de l'Audiovisuel francés sobre La representation de la violence dans la fiction" (1995); el informe sobre "La representació de la violència a la televisió" realizado por el Consell de l'Audiovisual de Catalunya (1997); la "Investigación de contenidos violentos emitidos por Telemadrid y Onda Madrid susceptibles de afectar a los menores" del Defensor del Menor de la Comunidad de Madrid (1997 y 1998); el proyecto "Televisión Currículum y Familia", realizado por R. Aparici y A. García Matilla para el Ministerio de Educación y Cultura (1997).

(11) El índice DIG, por su parte, tiene en cuenta otros parámetros que responden precisamente a sus siglas: la duración de las secuencias violentas, la intensidad de la mostración de la violencia (en una escala de 1 a 3) y la gravedad del acto violento (si comporta o no una muerte). El índice DIG, además, puede ser aplicado a programas concretos, mientras que el de Gerbner se aplica a la programación total o parcialmente considerada.

en poner de relieve su alto grado de presencia en los programas de ficción, observándose una tendencia al incremento de violencia en los documentales y en los llamados infoshows.

- Impunidad de la violencia. La mayoría de actos violentos mostrados en la pantalla queda sin castigo, aun cuando los antagonistas principales de los relatos si suelen recibir finalmente "su merecido".
- Banalización de la violencia. La puesta en escena de la violencia televisiva suele ser desdramatizadora, edulcorante, sin mostración o referencias al dolor de las víctimas o a los perjuicios físicos y emocionales que éstas padecen.
- Inevitabilidad de la violencia. La violencia aparece como el recurso más eficaz para la resolución de conflictos. Por ello es sistemáticamente ejercida tanto por los personajes negativos como por los protagonistas y personajes positivos del relato. La no utilización de la violencia se presenta generalmente en términos de incapacidad.

Como consecuencia de lo anterior, los estudios que analizan también los efectos de la violencia televisiva y no sólo su contenido determinan una serie de aspectos básicamente mayoritariamente aceptados:

- La desensibilización ante el sufrimiento de los otros. Este fenómeno, derivado fundamentalmente de la banalización de la violencia, significa que la retórica de la violencia televisiva cosifica y distancia de las víctimas, impidiendo la empatización con ellas. Y ello es especialmente grave en la medida en la que la violencia se hace atractiva no sólo desde el sadismo, sino también desde la ignorancia del otro.
- La distorsión perceptiva sobre el papel de la violencia en el mundo real, mayor cuanto mayor es el grado de consumo televisivo. Distorsión que genera la sensación de vivir en un mundo más sórdido y peligroso de lo que la realidad indicaría, especialmente cuando el espectador pertenece o se identifica con grupos "simbólicamente

victimizados" en el relato televisivo (12) esta distorsión puede generar tanto comportamientos inhibidores como manifestaciones agresivas en la línea de lo que Manuel Martín Serrano y Olivia Velarde denominan "legitimación de la autodefensa" (13).

- La posibilidad de desarrollar comportamientos agresivos hacia los otros, especialmente a través de mecanismos de proyección e identificación proyectiva. En este planteamiento subyace la idea de la violencia como conducta que se aprende de forma directa o vicaria.

A estas conclusiones podrían añadirse otras complementarias:

- La satisfacción que los espectadores experimentan por la visión de la violencia, y el estado de "excitación no resuelta" que esa visión genera (14).
- Los efectos derivados de la exposición al medio en sí, independientemente de sus contenidos, que para muchos investigadores es un factor de potenciación de los comportamientos agresivos en menores y adolescentes (15).
- La pasividad, el aislamiento y el talante rutinario generalizado del espectador televisivo, que potencia la influencia del medio frente a otras formas de exposición más planificadas y motivadas (16).

El análisis y cuantificación de los actos violentos emitidos por televisión, así como la utilización de índices estandarizados, ha supuesto sin duda un gran avance en la investigación sobre la violencia televisiva, pero sus propios presupuestos metodológicos conllevan notables insuficiencias, y

(12) Morgan, M. Symbolic victimization and real-world fear. *Human Communication Research*, 9(2), 1983.

(13) Op. Cit.

(14) Comstock, J. y Paik, H. *Television And The American Child*. CA. Academic, San Diego 1991.

(15) Wright, J. C. y Huston, A. C. A Matter Of Form: Potentials of Television for Young Viewers. *American Psychologist*, 38, 1983.

(16) Dominick, J. R. *The Dynamics of Mass Communication*.

McGraw-Hill, Nueva York, 1990.

pueden abocarnos a una situación en la que los árboles no nos dejen ver el bosque; es decir, en la que el análisis de los elementos manifiestos, visibles y denotativos de la violencia obvien e incluso oculten el sentido profundo de la presencia de la violencia en los medios.

Frente a ello, sería necesario plantearse qué posibilidades hay de deconstruir la violencia televisiva diferenciando los contenidos propiamente violentos de los ingredientes narrativos, expresivos y formales que constituyen la retórica de su puesta en escena, pero que no son mecánicamente asimilables a la violencia en sí. Y ello con el fin de poder construir relatos televisivos atractivos para los jóvenes a través de los cuales vehicular mensajes positivos que introduzcan la no violencia, la solidaridad, la responsabilidad social, etc., en su agenda de temas.

El significado de la violencia

Analizar la violencia televisiva y su relación con los jóvenes implica plantearse el problema en términos tanto de "significante" como de "significado". O, dicho de otro modo, plantearse hasta qué punto la violencia no es sino un elemento fundamental en la construcción de la imagen identitaria de la juventud, conformada de modo muy relevante a través de los contenidos televisivos.

En este sentido, el alto grado de violencia presente en los relatos dirigidos a los jóvenes busca adecuarse sin duda, en términos de mercado, a lo que se consideran los rasgos evolutivos discriminantes de éstos desde el punto de vista psicológico: falsa conciencia de invulnerabilidad, necesidad de experimentación y reconocimiento de los propios límites, búsqueda de gratificaciones autoafirmativas, etc. (17). Pero también podría considerarse una herramienta sistemáticamente

(17) Teniendo en cuenta, además, desde el punto de vista psicosocial, que la juventud actual parece haber evolucionado en sus referentes míticos desde Prometeo a Sísifo y desde Sísifo a Narciso (Terchera, J.L. ¿Qué es el Narcisismo? Desclee de Brouwer, Bilbao 1996.

utilizada en favor del mantenimiento del orden social.

Dicho de otro modo, ¿Porqué las historias, las películas, las series dirigidas a los niños y a los jóvenes (pero ideadas y difundidas por los adultos), contienen generalmente un alto grado de violencia?. ¿Acaso debería entenderse esta recurrencia como el aspecto visible de un proceso de socialización, tal vez profundo y no consciente, que para algunos psicoanalistas remite a la envidia oral y genital de los padres ante el nacimiento y crecimiento de los hijos, al temor a la sustitución por parte de las nuevas generaciones, a la necesidad gerontocrática de asustar a la generación en crecimiento hasta llevarla un estado de pánico? (18).

Pensar que el hecho de que los menores y jóvenes se vean rodeados desde muy pronto por todo tipo de relatos horripilantes es un fenómeno que no obedece al azar ni a la necesidad, lleva también a plantearse si su gusto por la violencia, por los programas de adultos, por los crímenes, no es tanto un "gusto natural" que explica el despliegue de la violencia televisiva, sino una consecuencia de dicho proceso de socialización.

Lo malo de la violencia televisiva no está sólo en lo que muestra, sino sobre todo en lo que no muestra o impide mostrar en la pantalla; en su carácter paradigmático como modelo relacional que excluye otras alternativas. La violencia no sólo se presenta en los relatos televisivos como un elemento eficaz para la resolución de conflictos frente al derecho o la política. También prima las actuaciones individuales sobre las colectivas o grupales; prima la competitividad frente a la colaboración en las relaciones interpersonales, infravalora el poder de la solidaridad para oponerse al mal.

Por ello, un planteamiento interesado en paliar los efectos negativos de la violencia televisiva no debe plantearse la exclusión de esa violencia de las pantallas (pretensión tan inútil como indeseable), sino su contextualización. Profundizando en el desarrollo de modelos mediáticos de

(18) Rascovsky, A. Filicidio, Violencia y Guerra. Shapire Editor. Buenos Aires, 1975.

representación e interpretación de la violencia que aprovechen el acervo de conocimientos ya existentes en las ciencias sociales para dirigir a los jóvenes mensajes que contengan no sólo información o entretenimiento, sino que propicien también la adquisición y aprendizaje de habilidades específicas y soluciones prácticas para resolver conflictos. Sin recurrir a la violencia, pero manteniendo su identidad como jóvenes y su autoestima.

Y a todo ello habría que añadir la necesidad de formulación de un mensaje ético contra la violencia que, digámoslo de nuevo, no niegue su existencia ni su indudable eficacia "performativa", sino que se preocupe en resaltar la ineficacia sustancial de la agresividad para con los otros en el modelo de sociedad en la que merece la pena vivir (19).

(19) Etxeberria. X. Pensando en la violencia desde Benjamin, Arendt, Girard y Ricoeu. U. Deusto, Bilbao 1997.